

ANGELES OFRECE UNA COMIDA A OBREGÓN

Un buen día, en nuestras excursiones matutinas por los alrededores de la gentil Hermosillo, el general Angeles nos manifestó, a Enrique Llorente, y a mí, que iba a ofrecer al general Obregón una comida íntima a la que asistiríamos únicamente como invitados de honor, nosotros dos.

El exclusivo objeto de esa reunión era expresarle, de manera rotunda, al caudillo sonorensé, que él no tenía, en absoluto, ningunas ambiciones de carácter político. Ya verán ustedes, nos dijo, lo que diré al compañero Obregón respecto a mi actitud dentro de la revolución.

El invitado principal aceptó el convite, lo mismo que, desde luego, nosotros, los testigos.

La comida tuvo lugar en el restaurante “Tamazula”, la mejor fonda de Hermosillo, donde se comían platillos exquisitos, cuando el fondero deseaba dar gusto a sus más exigentes parroquianos.

“Tamazula”, según los vivos recuerdos que conservo de la histórica reunión, se esmeró en quedar bien con aquellos eminentes generales, que daban lustre, con su sola presencia, a su ya famosa casa.

Excuso decir que comimos espléndidamente, cual correspondía a aquel cocinero provinciano de gusto tan peculiar, que tenía bien ganado el prestigio de ser el óptimo de Sonora.

* * *

A los postres, de acuerdo con los deseos premeditados del invitante, se sirvió champagne.

Con su copa en la mano, don Felipe Angeles, dando a sus palabras un marcado acento de solemnidad, como si quisiese que la

historia las recogiera, expresó en su brindis a don Alvaro Obregón; en esencia, los siguientes conceptos:

—Mi general, he querido invitarlo a usted a esta comida íntima, ante los testigos aquí presentes, el licenciado Isidro Fabela y don Enrique Llorente, para decirle lo que yo quiero que usted no olvide.

—Se ha dicho, con motivo de mi llegada a la Revolución, que yo tengo propósitos políticos, llegándose a afirmar que aspiro a la presidencia de la República.

—Estos rumores son absolutamente infundados. Yo no he venido con esos fines personalistas, señor don Alvaro Obregón, sino a colaborar con ustedes, los revolucionarios, como un elemento militar que quizá pudiera ser útil a la causa por la que todos luchamos. No tengo ambiciones presidenciales, mi general. El que lo crea no tiene razón para pensarlo, y el que lo diga afirma una mentira.

—Yo quisiera compañero que estas palabras que le digo a usted, las conocieran sus subordinados y amigos para que acabe enteramente toda duda respecto a los fines que he tenido al incorporarme al movimiento reivindicador en que todos nosotros estamos empeñados.

—Eso es todo, mi general Obregón. Y ahora antes de levantar mi copa por el éxito final de nuestra campaña, por usted y nuestros amigos, quisiera darle un estrecho abrazo que le exprese mi afecto y estimación personal.

Los dos generales se abrazaron efusivamente, sellando con sus brazos y manos entrelazadas, un pacto de honor y compañerismo.

* * *

El invicto general sonorenses escuchó con viva atención las breves frases de Felipe Angeles; y cuando éste hubo terminado, Obregón, hablando también con llaneza pero con voz emocionada y vibrante, expuso estas básicas ideas:

Señor general Angeles: Yo le agradezco a usted muy sinceramente lo que acaba de expresarme; se lo agradezco porque en estos momentos en que se va a continuar con mayor empuje la campaña contra los usurpadores, traidores y asesinos de la capital de la República, la declaración que nos hace, de que ha llegado a la Revo-

lución sin más fin que el de derrocar al tirano, nos da la justa idea de su personalidad y de sus aspiraciones.

Con este motivo yo también quiero aprovechar esta ocasión que usted me ofrece para declarar, bajo mi palabra de honor, y delante de los testigos aquí presentes, que yo jamás he tenido ni tendré ambiciones presidenciales, y que en mi lucha como soldado no me ha guiado ningún otro propósito que el de acabar con los traidores para después retirarme a la vida privada. De manera, mi general Angeles, que coincidimos con los mismos ideales, y por ello me felicito abrazándolo nuevamente en señal de agradecimiento por esta comida y por habernos hecho su protesta solemne en presencia de los amigos que nos acompañan.

* * *

NOTA: Don Enrique Llorente, testigo de aquella reunión histórica, desempeñaba en esos momentos el cargo de Jefe del Departamento Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que era a mi cargo.

Antes de la Revolución, como lo he escrito en estas *Memorias* había sido cónsul general de México en El Paso, Texas, durante el Gobierno del Presidente Madero. En dicho importante puesto el señor Llorente desarrolló actividades merítisimas durante la rebelión de Pascual Orozco contra el Presidente Madero, que tenía a su amigo el cónsul, en gran estima.

Al escribir en este capítulo los detalles de aquella comida, le comuniqué a mi querido y apreciado amigo Llorente, el texto de mi relato a fin de conocer la opinión de aquel otro testigo presencial sobre la veracidad de mis recuerdos.

En carta que obra en mi poder, don Enrique Llorente me dice lo que sigue:

“...En contestación me es grato manifestarte: que, encuentro enteramente apegadas a la realidad las relaciones que haces en tu carta y anexo de referencia, dando de consiguiente mi aprobación por todo lo que allí manifiestas.”

(Fragmento del Capítulo IX.)